Ligera las campiñas y los prados
Dejando charcos al pasar helados.
Admirando la colosal belleza
De la Naturaleza,
Siguiendo al pensamiento,
Fuí al lugar del divino Nacimiento
Imaginando, con dolor profundo...
¡Cuántos igual que el Redentor del mundo,
Nacerán con pobreza en un camino
Al fulgor de la luna blanquecino...!

MANUEL MUNOA.

CUESTIONES BÍBLICAS

IV

MAGOS EN BELÉN

(CONTINUACIÓN)

Dificultades

Primera.—Algunos santos Padres y Doctores, entre ellos San León, Papa, dicen ó supónen haber llegado los Magos á las cercanías de Jerusalén precedidos por la hermosa y brillante estrella aparecida en el Oriente: luego es un hecho la tal aserción.

Contestación.— Los santos Padres y Doctores aludidos emiten ó suponen esa idea en sus escritos místicos, incidentalmente ó como opinión particular y piadosa, *concedo:* inquiriendo la verdad ó exprofeso y como articulo de fé, niego: y por ende niego también la consecuencia.—En efecto: cuando es unánime el consentimiento de los santos Padres y versa sobre asuntos concernientes a la fé divina, constituye una de las reglas infalibles de verdad y obliga su enseñanza al pueblo

cristiano. Pero si no es uniforme dicho asentimiento, y aun siéndolo no pertenece al orden de verdades dogmáticas, ya la cosa cambia de aspecto. La razón es que en el primer concepto los santos Padres ejercen el oficio de *testigos* y órganos de la doctrina revelada; y en el segundo hablan como individuos particulares y doctores privados. En el primer sentido son infalibles, porque transmiten enseñanzas divinas; y en el segundo falibles ó defectibles, como todo hombre. De que se sigue que es lícito disentir de los santos Padres cuando se trata de materias no comprendidas dentro de la revelación divina y haya razones poderosas en contrario. Y como el caso de la presente cuestión no se contiene en el Evangelio ni en la tradición unánime de los santos Padres, y menos con carácter dogmático; y existen, por otra parte, argumentos fuertes en sentido inverso, como se ha visto en el capítulo anterior; luego nó porque algunos santos Padres lo hayan dicho ó supuesto es verdadera la afirmación por mí rebatida.

Y por lo que hace á los Papas, también pueden equivocarse, aún en materias de Religión, si se consideran como individuos particulares, porque la infalibilidad que les fué prometida por Jesucristo solo es para cuando hablan coino Cabeza de la Iglesia, definiendo puntos que miran á la fé y costumbres. Pero como el Sumo Pontífice San León, ni otro, nada definió sobre el particular de la cuestión, como era menester para obligarnos á admitir su enseñanza, mejor dicho, su suposición; resulta que, habiendo motivos poderosos de credibilidad contraria, puede uno disentir de ella.

Además: los escritores ascetas, especialmente si son Santos, hablan muchisimas veces, más al corazón que á la mente, mas por inspirar devoción y piedad que por instruir é ilustrar los entendimientos con verdades y teorías exactas; por lo que sus pensamientos y reflexiones se dirigen más á morigerar los espíritus que á inquirir la verdad de sus suposiciones, sobre todo tratándose de cosas no pertinentes á la esfera dogmática. Por tanto en escritos de esa naturaleza, como es el lugar aludido del Papa San León, pues es un sermón ó plática sobre la Epifanía, será libre discordar de ellos siempre y cuando el Evangelio haga vislumbrar lo contrario, como acontece en el caso en cuestión.

Insistecia.— Es increible que los Santos, especialmente si son Romanos Pontífices, puedan errar ó equivocarse en sus enseñanzas ó instrucciones; luego tiene que ser exacto que la estrella guiara á los Magos del Oriente á Jerusalén.

Respuesta.— Si no bastan las razones dichas en contrario, aduciré los hechos. Se sabe en efecto de la Historia que San Justino, San Clemente de Alejandría y San Cipriano atribuyeron á los ángeles ciertos cuerpos, por los cuales pecaron carnalmente muchos de dichos ángeles y fueron lanzados del cielo por esa causa: lo cual ciertamente es un error.—Por lo que hace á los Papas, bien sabido es que Juan XXII enseñó, hasta del pulpito en un día de Todos los Santos, que la visión intuitiva se difiere aun para las almas enteramente purificadas hasta la resurrección de los cuerpos: proposición contraria evidentemente al dogma católico, y de la que participaron San Irineo y varios otros Santos Padres, debido á una mala inteligencia de algunos textos bíblicos.— No cito mas ejemplos de Santos y Papas que, como hombres cayeron en errores, por innecesario y por la suma veneración que me merecen.

Segunda.— La Iglesia, columna infalible de la verdad, en uno de sus himnos canta así: *Iban los Magos siguiendo la estrella delantera que habían visto: con la lumbre* (material) *buscan la lumbre* (mística ó Cristo). Pensamiento que lo reproduce en otros lugares del Oficio divino de la Epifanía; luego es verdadero.

Solución.— La Iglesia proclama en su liturgia de consuno con el Evangelio que los Magos iban detrás de la estrella en el camino de Jerusalén á Belén, *concedo:* también desde el Oriente á Jerusalén, *niego;* y por ende niego también la consecuencia de que los Magos fueran guiados por la estrella en toda la travesía.—La razón es que la santa Iglesia no lo especifica, y obstan en contrario las consideraciones expuestas.

Réplica.— Si bien la Iglesia no expresa categóricamente dicha idea en sus ritos, sin embargo deja traslucirla con la inserción de los escritos de algunos santos Padres que enseñan esa idea; pues á ser falsa, debería rechazarla. Es por tanto verdadera dicha especie.

Contrarréplica.— Pase que la Iglesia haya recibido en su liturgia la especie en debate como opinión piadosa, sin dilucidar los fundamentos de ella y sin imponer la obligación de abrazarla: de modo que habiendo razones poderosas en contra de ella nos sea lícito profesar otra opinión. El hecho es que la Iglesia misma rectifica en ocasiones los conceptos de su liturgia cuando por serio examen ve la inexactitud de ellos. Pondré un ejemplo. Hemos venido leyendo en el Breviario Romano durante siglos que el Papa San Marcelino, en la cruel persecución suscitada por el emperador Diocleciano, vencido del temor de

los tormentos, *ofreció incienso á los dioses falsos;* hasta que el último Romano Pontífice León XIII ha modificado esa parte del oficio Divino aboliendo esas palabras cursivas y calificando el hecho de pura calumnia.

Diré más: porque la Iglesia admita ó tolere en sus ritos algún concepto vertido por los Santos, no siempre es indicio de aprobación; pues á veces lo recibe por no mutilar el escrito, ó porque en su conjunto desarrolla máximas muy saludables. Recuérdese á este efecto el caso aquel de San Juan Crisóstomo, aducido ya por mí en esta serie de *Cuestiones bíblicas,* y que tiene relación con la materia presente Dicho Santo en una homilía sobre el capítulo XIX del evangelio de San Juan, la que se halla estampada en el Oficio de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, enseña con referencia á la mencionada parte evangélica haber manado de Jesús, abierto por la lanza del soldado, *agua y sangre,* y añade: «Lo primero es símbolo del bautismo, lo otro del Sacramento. Por eso no dice: Salió sangre y agua; sino salió agua primeramente y sangre, porque primero somos lavados por el bautismo y después somos dedicados por el misterio.»— Ahora bien: el Evangelio á que el Santo se refiere, y que la Iglesia nos lo ofrece á nuestra consideración en la Misa de la indicada festividad, trae lo contrario á la aseveración del Santo, porque textualmente se lee en aquel, haber fluido del costado abierto sangre y agua; esto es, primeramente sangre y después agua. ¿Quién dirá pues que la Iglesia aprueba la afirmación del Santo en disonancia con el Evangelio? ¿Quién que estamos obligados á seguirla porque la Iglesia haya estampado en su liturgia? No cabe por tanto dudar que la santa Iglesia recibe ó tolera en sus ritos algunas faltas incidentales y opiniones menos fundadas de los Santos, por las excelentes deducciones morales de que rebosan los escritos de estos.

BLAS PRADERE, *pbro.*

(Se continuará)

CUESTIONES BÍBLICAS

IV

MAGOS EN BELÈN

(CONTINUACIÓN)

Distintivo

Discrepo también de la generalidad de los escritores en el carácter ó distintivo de Reyes con que designan á los Magos, por las muchas razones que me asisten en contrario y las que paso á exponer brevemente.

Primera.— Cada vez que el santo Evangelio menciona á los Magos, siempre les denomina simplemente Magos y nunca con el aditamento de Reyes, ni siquiera de reyezuelos ó príncipes, con ser esta circunstancia especialísima y muy digna de notarse, tan honrosa al Salvador, como útil a nosotros; porque sabido es que, atendida la flaqueza humana, nos impresiona más y causa mayor efecto laintervencion de elevados personajes que la de los plebeyos. Tanto es así que, precisamente en consideración a eso es porque mis antagonistas se interesan en condecorar á los Magos con el título de Reyes y vienen proclamándolos así incesantemente.

Segunda.—El evangelista San Mateo, cuya es la historia de los Magos, tiene especial cuidado de especificar las circunstancias más notables de individuos que juegan en los sucesos evangélicos, particularmente la alta categoría de ellos. De ahí que mencione á dos Herodes,

con sus correspondientes calificativos de Rey el uno y de Tetrarca el otro; á Caifás, príncipe de los sacerdotes; a Poncio Pilato, presidente de la Judea; al Principe cuya hija resucitó; á dos Centuriones, uno rogando y alcanzando de Jesús la salud del criado, y el otro de la guardia de Jesús en el Gólgota; á José de Arimatea, hombre rico; á un saduceo, doctor de la ley. Este mismo caso de los Magos es prueba de ello, porque no los aduce bajo la simple y común advocación de hombres varones ó individuos, sino que los distingue con la denominación de Magos, que equivale á la de astrólogos ó científicos, como más tarde se dirá; por lo que parece muy cierto que á haber sido Reyes, Príncipes, Régulos ó Toparcas, no hubiera dejado de expresarlo el evangelista, interesado como estaba en ello para mayor gloria del recien nacido Niño divino y mayor confusión del indiferente pueblo judío. Por otra parte nada más natural y obvio que, á ser Reyes los Magos, los designara el Evangelio con tan preclaro título, puesto que habla también simultáneamente *del rey Herodes.*

Tercera.—Tampoco los otros Evangelistas y escritores inspirados hablan absolutamente nada de los Magos, pero á haber sido Reyes ó Magnates de primer órden no hubieran hecho todos ellos abstracción tan completa; porque también acostumbran hacer mención especial de alta alcurnia, por requerirlo así el mayor esclarecimiento de los hechos y por atemperarse á las exigencias de nuestra pobre naturaleza que se deja llevar de impresiones mayores con circunstancias de ese género.

Cuarta: dice el Evangelio que después de la adoración y ofrenda de dones hechas al Salvador por los Magos, éstos *se volvieron á su tierra* ó país, y no á países, regiones ó tierras, como hubieran tenido que regresar y lo hubiese también expresado dicho Evangelio, si aquellos hubiesen sido Reyes ó Cabezas de Estados.

Quinta: de la lectura de los Santos Padres y demás, escritores de los diez primeros siglos de la era cristiana se deduce que los Magos fueron astrólogos ó filósofos de profesión, idólatras en Religión y habitantes más ó menos lejanos de la Judea; nada dicen empero de que estuviesen investidos de la dignidad real, no obstante el interés de ellos de dar mayor realce al acontecimiento. Teofilacto, escritor célebre del siglo XI, parece ser el primero que atribuyó á los Magos el deseado titulo de Reyes, á pesar de tantas y tan poderosas razones como militan en contrario, según vamos viendo.

Sexta: la santa Iglesia por su parte, en consonancia con el Evan-

gelio y Santos Padres, no emplea en su liturgia otro término que el de Magos, siendo evidente que á tener Ella noticia fidedigna de que los personajes en cuestión estuvieran adornados del nobilísimo diadema real, no dejaría de calificarlos de este modo por redundar en mayor gloria ó fama del divino Infante, lustre de la Religión Cristiana y piedad de los fieles.

Séptima: conocida como es hoy la Historia de las naciones y países del globo terráqueo, y también las biografías de los Reyes y supremos Jerarcas de ellos, en los hechos culminantes por lo menos, hubiera constado quiénes fueran los tales Magos, qué Soberanos vinieran á Judea en busca del Mesías para adorarle; pero absolutamente nada se sabe de ellos fuera de su denominación de Magos. La Historia profana, de conformidad con el santo Evangelio, habla de la aparición de una extraordinaria estrella en la época de la expectación de un Salvador, y hasta de la adoración de los Magos hace mención Calcidio, filósofo platónico del siglo tercero del Cristianismo (1), pero nada consta de la dignidad real de ellos, absolutamente nada.

Octava: parece improbable por otra parte la rara coincidencia de que los Magos todos (cualquiera que fuese su número, pues con certeza no se sabe), estuvieran constituidos en la excelsa dignidad real, porque cualquiera ve que los Soberanos ó Jefes supremos de los Estados tienen muchas atenciones y quebraderos de cabeza, suficientes en verdad para impedirles y casi imposibilitarles el arte ó profesión de la Magia ó el estudio de la Astrología y demás ciencias naturales.—Como también parece poco probable que precisamente la gente más impedida para viajar por países extraños, cual son los Reyes, y solamente ellos, con eliminación de otras clases más holgadas y expeditas de la sociedad, quisieran visitar y reverenciar al Redentor del mundo. Y ¿dónde están los mensajeros y precursores que los Reyes suelen enviar para anunciar su próxima venida, y más cuando el viaje es por el extranjero? Y en defecto de mensajeros y precursores ¿dónde está el previo aviso que envían los Soberanos, sobre todo cuando van á traspasar las fronteras de su reino? ¿Dónde aquel boato y aparato regio con que llegan á todas partes? Que nada de eso hubo en el presente caso de los Magos, se deduce de la sorpresa, extrañeza y espanto que causó su entrada en Jerusalén, y de la frialdad con que fueron recibidos en dicha

(1) Comm. in Timæum Platonis.

ciudad.—Por otra parte: ¿hubiéranse atrevido los Magos, siendo Reyes á penetrar en tierras de otra jurisdicción real, en la famosa capital de Judea sobre todo, sin previo anuncio y permiso del Rey de aquella localidad? ¿Hubiérales permitido Herodes entrar en sus dominios, y más con la triste embajada que traían los Magos para él y sus correligionarios?

Y últimamente: á haber sido Reyes los Magos, como quieren los escritores faltos de crítica, ¿Herodes, rey de Judea, no les hubiera guardado mayores consideraciones? ¿No hubiese observado las reglas de etiqueta, tan comunes en tales ocasiones entre personas reales, en virtud de las cuales el mismo Herodes hubiese tambien formado parte de la comitiva que se dirigía á Belén? ¿Y más si se considera la corta distancia de dos leguas que separa ésta ciudad de su Metrópoli? Y á falta de esa atención ¿no les hubiese dado siquiera un representante ó delegado suyo que los acompañara hasta el lugar tan próximo del nacimiento de Cristo?—Lejos de tener Herodes tales miramientos con los Magos, les habló como á individuos de inferior condición, y trató con ellos con tono de autoridad y aire de mando, según lo revelan estos párrafos del Evangelio: «Entonces Herodes, *llamando en secreto* á los Magos, *se informó de ellos cuidadosamente* del tiempo en que les apareció la estrella. Y *encaminándolos* á Bethlehem, les dijo: *Id,* é *informaos bien* del niño; y cuando le hubiereis hallado, *hacédmelo saber* para que yo también vaya á adorarle». Si, pues no tuvo Herodes con los Magos ninguna de aquellas deferencias, rutinarias entre Soberanos, y los recibió autoritativamente, fué sin género de duda porque los Magos no estaban investidos de la dignidad real.

De las consideraciones expuestas, y otras que para mayor abundamiento se propondrán en los capítulos inmediatos, se colige que los Magos no fueron Reyes.

BLAS PRADERE, *pbro.*

(Se continuará)

CUESTIONES BÍBLICAS

IV

MAGOS EN BELÈN

Soluciones

Haránseme las observaciones contrarias siguientes:

Primera.—La Escritura antigua dice: «Delante de él se postrarán los de Etiópia... Los reyes de Tharsis, y las islas le ofrecerán dones: los reyes de Arabia, y de Sabá le traerán presentes... Se le dará del oro de Arabia» (1).—Es así que esas palabras son proféticas con relación al Mesías; luego los Magos, aludidos indudablemente en dichos textos bíblicos, fueron reyes.

Contestación.—La Biblia contiene los susodichos pasajes entrelazados con otros que aclaran los sentidos literal y espiritual, *concedo.* —Contiene esos textos solos ó independientemente de otros, y con alusión á los Magos, *niego.*—Eso en cuanto á la primera proposición; y por lo que hace á la segunda, *distingo:* los tales pasajes, además del sentido literal y propio del lugar, encierran una profecía referente al Mesías de un modo absoluto ó genérico, *concedo:* solo son proféticos y referentes al Salvador en su estado de infancia en Belén, *niego.*—Niego también por ende la consecuencia.

Fúndome para todo ello en las reflexiones que siguen: Primera. Es un abuso intolerable aducir textos aislados, omitiendo otros que los explican y aclaran; porque una de las reglas generales de la Hermenéutica es que se examinen los antecedentes y consiguientes y todo el contexto del lugar sagrado en cuestión. Haciendo aplicación de esta regla al caso presente, resulta que es Salomón, á quien se refieren di-

(1) Salmo LXXI.

recta y primariamente las frases bíblicas objetadas y sus anejas en el aludido Salmo de David, pues principia éste diciendo: «Salmo sobre Salomón. ¡Oh Dios! dá tu juicio al Rey, y tu justicia al hijo del Rey.» —Y en efecto los reyes de que se hace mérito en ese Salmo y los países consignados en él, fueron tributarios unos, y amigos otros ó admiradores de Salomón, célebre hijo del rey David.—Segunda. No tengo inconveniente en reconocer que algunos pasajes de ese Salmo sean también aplicables al Mesías en su ser general, aunque no en su estado infantil de Belén, pues no debían tener cumplimiento sino en tiempos muy posteriores, como se desprende del contexto siguiente: «Y dominará de mar á mar y desde el río hasta los términos de la redondez de la Tierra. Delante de él se postrarán los de Etiópia, y sus enemigos lamerán la tierra. Los reyes de Tharsis, y las islas le ofrecerán dones: los reyes de Arabia, y de Sabá le traerán presentes. Y le adoraran todos los reyes de la Tierra: todas las naciones le servirán». —Ahora bien: es patente que esas palabras proféticas del salmista, aplicables en su sentido genuino al rey Salomón, no hacen alusión al divino Niño de Belén, como tal, porque no se habla en ellas de ningún párvulo; ni los enemigos del Niño belenita lamieron tierra, antes bien tuvo que huir él de sus perseguidores, refugiándose en Egipto; ni todos los reyes de la Tierra y todas las naciones le adoraron y sirvieron en su edad infantil; pues esto se verificó mucho más tarde, ó mejor dicho, está aún para verificarse. Tampoco se alude á los Magos en el Salmo en cuestión, porque en él se habla de muchísimas y variadas tierras, de muchos y distintos reyes, como que hace mención de mares y límites de la Tierra; de gentes de Etiópia; de *los reyes* de Tharsis, y de islas; de *los reyes* de Arabia, y *de los de* Sabá; y de *todos los reyes* de la Tierra, y de *todas las naciones:* mas los Magos eran de una sola tierra ó región, según reza la letra del Evangelio. Es decir que todas esas expresiones gráficas y vaticinadoras deben aplicarse al Redentor en época muy posterior á su nacimiento y vida mortal, y consiguientemente no se puede probar por ellas la realeza de los Magos, ni mucho menos.—Tercera. Los evangelistas y demás Escritores sagrados en general, y San Mateo en particular, hubieran tenido buen cuidado de aducir esos textos, si hubiesen tenido cumplimiento en la adoración de los Magos, cosa que no lo hacen, cuando en narraciones y circunstancias de menor cuantía acostumbran hacerlo.—Cuarta.—Tampoco los Santos Padres y Expositores de los diez primeros

siglos aplicaron á los Magos, á lo menos en sentido literal, los términos bíblicos de *reyes de Tharsis, reyes de Arabia* y *de Sabá,* por la sencilla razón de que el Evangelio no los denomina Reyes, y pertenecían á una tierra ó país; pero en dichos pasajes se alude á reyes de diversas regiones, y aún á todos los reves de la Tierra y á todas las naciones.—Quinta. La Sinagoga antigua de los judíos, finalmente, ó el Sanhedrin, legítimo intérprete de las Escrituras (pues en caso contrario equivalía á no tenerlas), siempre aplicó á Salomón el susodicho Salmo en su sentido literal, y solo de un modo figurativo y analógico se lo aplicaba al futuro Mesías.

Insistencia.— Una de las profecías de Isaías dice: «Y andarán las gentes á tu lumbre, y los Reyes al resplandor de tu nacimiento» (1).—Es así que en estas palabras se hace alusión a los Magos; luego estos fueron Reyes.

Contestación.—Concediendo la proposición mayor, *niego* la menor y también la consecuencia. En efecto: por las reflexiones recien expuestas, perfectamente aplicables al presente texto bíblico, resulta que con él se quiere expresar la conversión de las naciones bárbaras y pueblos gentiles, con sus Reyes y Jefes. de Estado á la cabeza, á la Religión enseñada por Jesucristo. Rasta leer los antecedentes y consiguientes del citado pasaje, ó el capítulo íntegro, para adquirir pleno convencimiento de ello. Véanse si no para muestra un solo antecedente y un solo consiguiente del nuevo texto en cuestión. Dice el antecedente: «Porque hé aquí que las tinieblas cubrirán la Tierra, y la oscuridad los pueblos: mas sobre tí nacerá el Señor, y su gloria se verá en tí (Jerusalén)».—Uno de los consiguientes es así: «Entonces verás (Jerusalén), y te enriquecerás, y tu corazón se maravillará y ensanchará, cuando se convirtiere á tí la muchedumbre del mar, y la fortaleza de las naciones viniere á tí».—No cabe pues dudar de que el salmo de Isaías se refiere á que la santa Iglesia, prefigurada en la ciudad de Jerusalén, abrazaría en su seno á todas las naciones y reyes de la Tierra, á todos los pueblos y potestades de toda condición y raza. Por eso la célebre Vulgata latina encabeza el mismo salino de esta manera: «Profecía acerca de la gloria de la Iglesia: las gentes y los reyes vendrán á ella; los que no servirán á ella perecerán: de sus riquezas, paz y felicidad».—Luego el pasaje bíblico en debate no prueba que los Magos fueran Reyes, ni mucho menos.

(1) Salino LX, versículo 3.º

Segunda.—La Iglesia en su liturgia de la Epifanía y durante su Octava pone á nuestra consideración los textos sagrados en cuestión y otros análogos: luego alude con ellos á los Magos, y por ende estos fueron Reyes.

Réplica.—Concedo el antecedente y *niego* el consiguiente. En efecto: la santa Iglesia en dicha festividad y su Octava se ocupa en celebrar principalmente la vocación á la fé hecha á los gentiles en la persona de los Magos, á lo que se adaptan perfectamente los precitados textos bíblicos; pero que no los aplica á los Magos en concepto de Reyes, se prueba con el hecho significativo de que en ninguna parte de la liturgia los nombra con ese título, sino simplemente Magos.—El nombre mismo de la *Epifanía,* que quiere decir *aparición* ó *manifestación* del Salvador, indica que el objeto de esa solemnidad es principalmente conmemorar la primitiva vocación de los gentiles á la fé divina. Digo *principalmente,* porque también hace mención del bautismo recibido por Jesús en el río Jordán y del milagro obrado por el mismo Señor en las bodas de Canaán; misterios por los que se manifestó también al mundo el Hijo de Dios.—Así que dichos pasajes bíblicos comenzaron en cierta manera á tener cumplimiento con la venida y adoración de los Magos, como gente idólatra; pero el complemento lo tuvieron ó tendrán en la conversión de las naciones paganas y no en el nacimiento y estancia de Jesucristo en la ciudad de Belén.—Si estos razonamientos no bastan, añadiré un dilema ó argumento *cornudo* que decían los antiguos, por dejar al adversario en un callejón sin salida. Las susodichas citas bíblicas y sus anejas en cuestión hacen referencia á los Magos, ó no: si lo primero, resulta que los Magos son, no cualesquiera Reyes, sino Reyes Etiopes, Tharsenses, Insulares, Arabes, Sabeos y todos los Reyes de la Tierra, los cuales acudieron á adorar al divino Niño acompañados de *la inundación de camellos, de los dromedarios de Madián y de Efa, de todos los de Sabá, de todo el ganado de Cedar y de los carneros de Nabayóth,* además del *oro, incienso, plata* y otros dones (1). Tanto absurdo y mayores, que saltan á la vista, de los dos capítulos en discusión, tomados en su integridad, evidencian que dichos textos sagrados no se refieren á los Magos, sino á todos los Reyes y á todas las naciones, y por ende con esas citas bíblicas no puede probarse la realeza de ellos. Si se opta por

(1) Is. cap. LX, vs. 6 y 7.

la segunda parte del dilema, esto es, que los párrafos consabidos de la Escritura no hacen referencia á los Magos, ya no hay cuestión, pues se me concede que por ellos no se puede probar la dignidad real de éstos, que era el fin que yo perseguía.

Tercera.—Tan cierto es que los Magos fueran tres Reyes, que hasta se saben y se conservan sus nombres propios de Gaspar, Melchor y Baltasar, y las distintas razas á que pertenecían ellos; luego no puede menos de reconocerse que lo eran.

Contestación.—Niego las dos proposiciones de que consta el silogismo. En efecto: la santa Iglesia en ninguna parte de la liturgia adjudica á los Magos dichos nombres ni otros, sino simplemente el de Magos.—Tampoco los Santos Padres, Doctores y Expositores sagrados de los doce primeros siglos del Cristianismo tuvieron noticia de los nombres propios aplicados hoy á los Magos por el vulgo cristiano.—A haber existido en el Oriente reyes de dicha denominación, la Historia Universal los hubiera consignado en alguna de las páginas, como hubiese hecho también mérito de los actos sobresalientes de las vidas de ellos, pero por ningún lado de la Historia profana aparecen ni figuran para nada los supuestos reyes Baltasar, Gaspar y Melchor.—Es además un craso error la creencia tan generalizada de que los Magos vinieran de distintos países ó fueran de diversa raza, puesto que el Evangelio textualmente dice: «se volvieron á su tierra por otro camino», y no *á sus tierras* ó países *por otros* ó diferentes *caminos.*—Parece ser que la adjudicación de dichos nombres á los Magos data de fines del siglo doce ó principios del trece, época en verdad en que muchos cristianos ignorantes y de piedad mal entendida creían favorecer los intereses sagrados de la Iglesia con aditamentos extraños á las Escrituras divinas y Tradiciones recibidas; aditamentos del todo infundados y muy poco serios que dieron margen á fábulas de carácter religioso. Y con respecto á la ficción de que los Magos pertenecieran á diferentes países y distinta raza y color (uno de ellos, Melchor creo, de Etiópia, Nigricia ú otro Estado de Africa, según revela la negrura de la tez con que se le pinta), parece provenir de ciertos escritos apócrifos atribuidos falsamente al venerable Beda, santo de raza anglo-sajona, por manos atrevidas y poco escrupulosas.

BLAS PRADERE, *pbro.*

(Se continuará)

CUESTIONES BÍBLICAS

(CONTINUACIÓN)

MAGOS EN BELÈN

Número

Vulgarmente se cree, y también los autores dicen, fundados sin duda en el testimonio del Romano Pontífice San León (1), que fueron tres los Magos á quienes apareció la especial estrella en el Oriente, tres los varones que, guiados por los resplandores de ella, fueron conducidos al divino Parvulito de Belén; afirmación, de que se hace eco la santa Iglesia, habiendo insertado en las segundas lecciones del cuarto día de la infraoctava de la Epifanía trozos de un Sermón de dicho Santo con la misma aseveración. Como nada hay definido en la materia, ni está prohibido discurrir sobre ella, permitiráseme escribir algo acerca de la misma con la sinceridad de siempre. En mi pobre concepto, los Magos que desde Oriente vinieron á la Judea en busca de Jesús fueron más que tres; serían un pequeño grupo ó núcleo de filósofos, una corporación de astrólogos. Fúndome al efecto en las siguientes conjeturas racionales.

Primera: el Evangelista nos refiere la venida de los Magos en estos términos: *He aquí unos Magos vinieron del Oriente á Jeerusalén.* Esta frase tan general, amplia y en cierto modo aparatosa parece implicar un númeto mayor que tres, una agrupación ó corporación. Lo cual se confirma con la particularidad de que cada vez que los menciona el Evangelio lo hace en los mismos términos generales de *los*

(1) Serm. de Epiph. 1—6.

Magos, ellos, y nunca dice *tres* Magos ó indivíduos, cuando era muy fácil y natural que lo dijera por tratarse de reducidísimo número.

Segunda: á haber sido ellos solamente tres, parece que el Evangelio lo hubiera expresado, porque da idea más cabal y exacta, y porque los evangelistas acostumbran determinar el número, cuando es muy reducido ú ostensiblemente manifiesto; y si excede de tres, cuatro ó más, es cuando emplean número indeterminado; cosa que nosotros mismos practicamos de igual modo. Así vemos que los evangelistas enumeran los tres discípulos predilectos que al Salvador acompañaron á la casa de Jairo, al monte Tabor y al huerto de Getsemaní; los dos de Emaús que le vieron resucitado; las dos ó tres personas que deben congregarse en oración para que el Señor esté en medio de ellos; los tres panes que un amigo pidió a otro de noche, y así en otros casos. Pero cuando el Evangelio dice que algunos de los discípulos, que en Cafarnaum le oyeron hablar de la Eucaristía, le abandonaron; que en el monte Olibete unos de los discípulos le adoraron y otros dudaron; que algunos Atribuían á Beelzebut los milagros que Jesús obraba; en estos y otros casos análogos el número indeterminado se toma generalmente por mayor de tres. Luego en el caso presente de los Magos parece que también debía hacerse lo mismo.

Tercera: por el testimonio de solo tres varones particulares, que aseguraban haber visto en el Oriente una estrella mensajera del nacimiento del Rey de los judíos, no parece que debiera turbarse Herodes y con éste toda Jerusalén, á la sazón muy populosa; porque ¿qué rey y qué ciudad dan importancia á la llegada de tres filósofos extranjeros y hacen caso del dicho de ellos? Lo que hace vislumbrar la existencia de un núcleo de sabios astrólogos, que con su presencia desde luego llamaran la atención entre los habitantes de Jerusalén.—Por otra parte debe presumirse también que á haber sido los Magos tres individuos solos, por filósofos que fuesen, se habrían concretado á preguntar privadamente por el objeto que buscaban, y en tal caso su venida no hubiese tenido tanta trascendencia, que alarmara á Herodes y á toda la ciudad.—Debieron pues ser más que tres los Magos.

Cuarta: de tantos como se dedicaban á la Astrología y verían la misteriosa estrella en el país de los Magos y cercanías, es también de presumir que vinieran á Judea un número mayor que tres: unos, llevados del espíritu de piedad, obedeciendo á la vocación divina; otros, por consideraciones á la histórica y celebrada tierra de Israel; ó tam-

bién por curiosidad y especie de recreo, algunos. Y más probable se hace esta presunción conociendo como conocerían los Orientales por la profecía de Balaam el término de su expedición y aún el camino que conducía á él, dada la universal fama de que gozaba el favorito pueblo de Dios. Se confirman mis presunciones con la idea de que tres individuos solos no se hubieran animado y resuelto, ordinariamente hablando, á arrostrar las incomodidades de un un viaje tan largo, los peligros, las burlas é irrisiones de gentes de opinión contraria, y tantas otras dificultades inherentes al objeto que se propusieron: y á haber sido reyes los Magos, como muchísimos suponen sin razón alguna, las indicadas dificultades hubieran sido todavia mayores. Debieron pues los Magos componer un número mayor que tres; y más si se tiene en cuenta que en esta opinión se salvaba mejor, al parecer, el fin que se propuso Dios al enviar la muy radiente estrella a los países infieles, cual fué darles á conocer el nacimiento del Esperado de las gentes y atraerlos á Él.

Quinta: tampoco la Iglesia, hablando por su cuenta, determina el número de los Magos en ninguna parte de su liturgia de la Epifanía, de consuno con el Evangelio de San Mateo. Pero si le constase que fueran solo tres los Magos visitantes ¿dejaría de manifestarlo en alguno de sus ritos? Parece que no.

Nótese finalmente que la idea y creencia de que los Magos fueran tres individuos y no más, debe su origen sin género de duda á que el santo Evangelio especifica tres dones ó regalos hechos por ellos al divino Redentor. Pero en mi humilde sentir esa causa nada obsta á que los Magos pudieran formar un número mayor que tres. Si cada Mago se hubiese concretado á hacer un solo presente, algo de lo que se intenta hubiera podido probar la circunstancia de ser tres las dádivas presentadas, pero no hay tal, no consta por lo menos.

Lo contrario parece más probable, esto es, que indistintamente ofreciera cada uno de lo que tenía o se había provisto á ese fin al tiempo de salir de casa:—primero porque de otro modo la donación venía a ser muy desigual y desproporcionada; pues quien diera oro dejaba mucho más valor que los que ofrecieran incienso y mirra, á nó que digamos que estos últimos objetos fueran en tanta cantidad ó peso que guardasen cierta proporción equitativa entre los regalos, lo que no parece que lo hicieran:—Segundo porque es ridículo suponer que convinieran los Magos en los artículos y cantidad que cada individuo

debería ofrecer; pues de esto ni se habla entre los generosos donantes, siendo propio de personas mezquinas y corazones raquíticos andar en ajustes y arreglos para hacer dádivas voluntarias á dignidades altísimas. Por eso á la entrada en Jerusalén decían los Magos que venían á adorar al recien nacido Rey de los judíos, pero no mencionaron los regalos que le traían como prueba de amor y reverencia:— Tercero porque no es probable que ninguno de ellos se abstuviera de ofrecer oro, por la abundancia que á la sazón había de ese precioso metal en tierras orientales y en vista de la pobreza reinante en la casa ó domicilio de Jesús:—Cuarto porque era costumbre muy arraigada en el Oriente que las donaciones á personas de elevada posición, sobre todo á los Monarcas y supremos Jerarcas, consistieran en *oro,* como objeto de valor y lucimiento (según se estila hoy día mismo entre los personajes de nuestra culta sociedad); en *incienso,* como odorífero, y *mirra* (especie de sal pulverizada), para incorrupción de cadáveres; pues sabido es que estos dos últimos artículos de lujo eran originarios y propios de las regiones orientales:—Quinto y último, porque, si bien es verdad que el Evangelio no especifica sino tres suertes de regalos, como sobresalientes ó los más notables, podía haberlos también otros, como parece que lo insinúa el mismo Evangelio, pues dice: «abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra».—A no haber habido más que estas tres clases de donaciones, parece que bastaba expresarse así: «abiertos sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra»; ó destotra manera: «abiertos sus tesoros, le ofrecieron tres dones, oro, incienso y mirra»; y también: «abiertos sus tesoros, le ofrecieron estos dones, oro, incienso y mirra»; ó de otro modo semejante.

Por tanto, aunque las dádivas especificadas hayan sido tres, de ahí no se infiere que los donantes hayan sido también solo tres varones; antes bien las susodichas razones indican lo contrario.

BLAS PRADERE, *pbro.*

(Se continuará)

CUESTIONES BÍBLICAS

MAGOS EN BELÉN

(CONTINUACIÓN)

Tiempo

Otra de las circunstancias en que disiento de la gran mayoría de los escritores es, en cuanto al tiempo que tardaron los Magos en presentarse en la tierra de Israel después del nacimiento del Mesías. San Juan Crisóstomo, San Agustín y algunos otros Santos Padres opinaron que la venida de los Magos á Belén había tenido lugar á los trece días de haber nacido el divino Jesús, ó sea el día seis de Enero en que la Iglesia celebra la festividad de la Epifanía. Esta misma opinión defienden la mayor parte de los Autores, entre ellos los reputadísimos teólogos Melchor Cano y Billuart. Parten empero del supuesto, no puesto en tela de juicio, de haber aparecido la estrella en el Oriente al tiempo mismo del nacimiento del Mesías, y tal vez uno ó dos años antes de ese suceso. Mas yo encuentro probable que la aparición de la estrella no coincidiera con el nacimiento del Redentor, sino algo más tarde, por los dos fundamentos que voy á exponer:

Primero: Jesucristo venía al mundo preferentemente por el pueblo de Israel, según lo manifestó el mismo Salvador en repetidas ocasiones (1); por lo que esperaría Dios tal vez á la indiferencia y olvido de los judíos, con respecto al nacimiento del Mesías, para revelárselo á los gentiles por medio de la estrella y hacerlos partícipes del beneficio de la Redención. El hecho es que así sucedió en la promulgación del Evangelio; pues se predicó primeramente á los israelitas, y unos años más tarde á los paganos (2), y no á luego de recibir al Espíritu Santo

(1) Mat. X. vs. 5 y 6.—Id. XV, v. 24.—Id. íd. v. 26, etc.
(2) Hechos de los Apóst. X y XI.

por Pentecostés, ni á la muerte de San Esteban protomartir, como dicen casi todos los escritores modernos, particularmente los españoles, al querer concordar mejor la muerte prematura de Santiago el Mayor en Jerusalén con su predicación por España, Francia é Italia. Según tradición recibida de Apolonio y Clemente de Alejandría, los Apóstoles detuviéronse en la Judea hasta el año duodécimo de la promulgación de la Nueva Ley.

Segundo: convenía y hasta cierto punta era necesario no dar publicidad excesiva al nacimiento de Jesús, al menos en Jerusalén, residencia de Herodes y demás enemigos del divino Infante, mientras pasasen los días de la Purificación de María y presentación de su santísimo Hijo en el templo de dicha ciudad; porque de otro modo se exponían, como es claro, la Madre é Hijo á las iras de Herodes y cómplices. Por lo que es muy posible que teniendo Dios en cuenta esas circunstancias, tardase algún tiempo después del nacimiento de Jesús, los cuarenta días acaso, que precedieron á la presentación del Niño y Purificación de la Virgen en el templo de Jerusalén, en dar á los orientales la misteriosa estrella mensajera. ¿Quién no sabe por otra parte que Dios de ordinario no se da prisa en ejecutar sus designios? ¿No tardó cuatro mil años ó más en enviarnos al Prometido? ¿No llevó éste treinta años de vida oculta no obstante las muchas y grandes necesidades espirituales á la sazón existentes en la Palestina y en todo el globo terráqueo? ¿Y la misma promulgación del Evangelio por los países gentiles no tardó años en la forma ya indicada?

Sea de ello lo que fuere, en lo que insisto principalmente es, en que, aún suponiendo que se dejara ver aquella estrella al punto mismo de verificarse dicho nacimiento, como quiere San Agustín (Sermón 199 y 201), y con él casi todos los escritores antiguos y modernos, tardaron los Magos más de trece días después de aquel acontecimiento en presentarse en Belén:—primero, porque para cerciorarse de la particularidad ó rareza de la estrella y de su significación, para pensar y decidirse á seguir el impulso del corazón, para concertarse entre ellos y aparejarse á un viaje tan molesto y largo, y llegar finalmente á Jerusalén y Belén, término de su expedición, se requieren, moralmente hablando, más días que los señalados por la parte contraria; sobre todo en aquellos tiempos y circunstancias en que los caminos eran mas ásperos y escabrosos, mayores los peligros de todo género, menos potentes y más escasos los medios de traslación y transporte, y la peor

estación del año. Aún concedido que, como quiere el papa San León y es común sentir de los Doctores, *el que dió la señal de la estrella á los orientales, les diera también la inteligencia de ella* (Sermón in Epiph., 31), quedan empero en pié las otras dificultades que he indicado. No es la menor el trayecto larguísimo que tenían que atravesar desde la región que habitaban hasta Belén, y sobre todo en condiciones tan poco favorables como las indicadas. Los Santos Padres, Doctores y Expositores no están de acuerdo en determinar el lugar oriental ó país de donde vinieron los Magos. Algunos dicen, entre otros San Justino filósofo y mártir, San Epifanio, San Hilario y el célebre Tertuliano, que vinieron de la Arabia felíz, fundándose en que en este país abundan el oro, el incienso y la mirra. Otros, como el sapientísimo Orígenes y San Basilio Magno, que de la Mesopotamia. Otros dicen que de la Caldea, donde florecía la ciencia de los Magos. Otros finalmente enseñan, entre los cuales se cuentan San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría y Santo Tomás de Aquino, que vinieron de la Persia, y se fundan en que esta región á la sazón gozaba de fama por el nombre y la profesión de Magos, y en que en este mismo lugar había la costumbre de adorar con regalos. Nótese aquí de paso cómo todos los escritores antiguos suponen á los Magos venidos de una sola región, sea esta cual fuere; pero á ser Reyes, como dicen los escritores modernos sin fundamento alguno serio, hubiesen tenido que acudir de diferentes países, con lo que se aumentaban notablemente dichas dificultades para el arribo de los Magos á Belén en trece días, como que las distancias que separan entre sí á dichas regiones orientales son de centenares de leguas. También la separación que media entre cualquiera de los países orientales y Belén es de ciento y más leguas. Si se me objeta que los Magos viajaron en dromedarios, y que estos animales, por ser más veloces que los mejores caballos, caminan cincuenta leguas por día, según afirma Filostrato (1); replicaré que, si bien dichas bestias orientales, andando á rienda suelta y contínua é incesantemente por caminos expeditos, tienen próximamente dicha velocidad, no la tienen empero cuando son conducidas por jinetes ó van en caravanas, y menos cuando caminan por lugares como los que antiguamente existirían del Oriente á la Judea, pedregosos y desiguales, frecuentados por salteadores y fieras, en los cuales

(1) Vida de Apolonio.

había que andar á paso natural y con no poca cautela. Y ¿dónde consta que los Magos viajaran en los famosos dromedarios de Mesopotamia, por ejemplo, y no sobre los célebres caballos de Arabia pongamos por caso, ó sobre unas borricas semejantes á la del adivino Balaam, que habitaba en una región no muy lejana de la de los Magos, según opinión común? ¿El antiguo patriarca Jacob con sus familiares no tardó meses en un trayecto menor que el de los Magos, ó sea de Canaán á Egipto? ¿Y el pueblo hebreo no pasó cuarenta años en el mismo viaje, aunque inversamente, ó sea de Egipto á Canaán? Aduzco estos hechos para que se vea la gran dificultad que había para viajes en los tiempos antiguos, y que no todo lo que reluce es oro, esto es, volar sobre dromedarios. Por otra parte ¿quién daba priesa á los Magos, ó qué urgencia tenían para andar de sofocón en su viaje, sin tiempo necesario para consultas, arreglo de las casas que abandonaban, elección de viandas para el camino, y apretando siempre la espuela á las bestias, sin un momento de reposo, y con exposición de la salud y vida de los jinetes y cabalgaduras? Porque repito que la distancia que media entre Belén y dichas regiones del Oriente es relativamente enorme, radicadas como están ellas en Asia, que es la mayor de las cinco partes de nuestro planeta, y cuyos territorios son por ende muy extensos Si pues se tienen en cuenta todas las circunstancias que rodeaban á los Magos, sin prevenciones de ningún género, se deducirá que, moralmente hablando, no pudieron ellos llegar á Belén á los trece días de haber aparecido la estrella ó nacido el Redentor del mundo.

Segunda razón. El Evangelio mismo así lo hace entrever en estas palabras: «Herodes llamando en secreto á los Magos, se informó de ellos *cuidadosamente del tiempo, en que les apareció la estrella*». —Y más abajo añade: «Y enviando hizo matar todos tos niños que había en Bethelehem y en toda su comarca, de *dos años* y abajo, *conforme el tiempo que había averiguado de los Magos*».— Estas palabras revelan haber tardado los Magos en presentarse en Jerusalén después del nacimiento de Cristo bastante más días que trece; porque si se informó cuidadosamente Herodes del tiempo en que á los Magos les había aparecido la estrella, y para decretar la matanza de los niños de *dos años abajo* se atemperó á dicho tiempo, forzosamente tenía que ser este, mayor, mucho mayor mayor que trece días; pues á no ser así ¿habría de incurrir en tanta exageración y prodigalidad de sangre sin un temor racional ó sin necesidad? Doy por bueno, aunque parece in-

creible por la corta distancia de dos leguas que á Belén separa de Jerusalén, que Herodes esperase la contestación de los Magos en uno, dos ó más meses: también quiero conceder, lo que tampoco es creible por tratarse de cortísimas distancias y de un asunto que era la contínua pesadilla de Herodes, que retardase éste por ausencia personal ú otro motivo *algunos meses ó un año entero* en ejecutar su cruel designio: quiero suponer todavía con San Juan Crisóstomo (1), que por precaución y para mayor seguridad quisiera Herodes abusar de aigún tiempo haciendo degollar á los niños con antelación de cuatro ó seis meses á la aparición de la estrella: concedidas todas esas suposiciones, que es mucho conceder, resulta aún que la presencia de los Magos en la metrópoli de Judea debió tener lugar más tarde que los trece días asignados por Billuart y demás escritores susodichos.

Otros opinan haber visitado los Magos al divino Infante en época posterior á la ceremonia legal de la Purificación de María Santísima en el templo de Jerusalén á los cuarenta días del virginal parto. Son de esta opinión, aparte de otros Expositores sagrados, el Papa San León, San Epifanio, Anmonio en su Concordia y el concienzudo Padre Pitrizzi; opinión que nie parece muy probable y hasta verosímil por las consideraciones siguientes:

Primera.—A haber tenido lugar la visita de los Magos con anterioridad á la Purificación de la Virgen-Madre y Presentación de su divino Hijo en el templo de Jerusalén, no hubiesen podido estos cumplir dichas ceremonias legales sin una gravísima y aun segura exposición á caer en manos de Herodes y sus satélites; y menos con la publicidad que dieron á ese acontecimiento el santo anciano Simeón y la santa profetisa Ana, según refiere el evangelista San Lucas. (Capitulo II, versículos 25, etc.).

Segunda.—Dichos santos profetas Simeón y Ana se alegraron del fausto acontecimiento de la venida del Salvador al mundo, y entusiasmados lo publicaban como primera noticia que se tenía de ello en Jerusalén, sin mención ni referencia alguna al previo anuncio de los Magos. Si empero hubiesen precedido estos en Jerusalén á la presentación de Jesús y María, algo hubieran sabido los dos profetas acerca del nacimiento del Mesías con antelación de la presencia de este en el templo, pues consta que los Magos turbaron toda la ciudad con la

(1) Hom. 7 in Math.

feliz nueva que anunciaban; y además, algunas almas santas que, como Simeón, vivían con deseos de ver al Mesias, ó algunos de *los que esperaban la redención de Israel* (Luc. II, 38), hubiesen querido ir á visitarle en compañía de los Magos, ó detrás de ellos, á Belén, pero nada de esto hay. Luego parece que los Magos no se anticiparon á la Purificación de María en Jerusalén.

Tercera.—Si la presentación de Jesús y María en el templo de Jerusalén se hubiese verificado después de la adoración hecha por los Magos, gracias á las donaciones de estos, parece que la Madre hubiera ofrecido en la ceremonia legal de su purificación un cordero de un año con un pichón ó tórtola, conforme prescribía la ley (1), y no dos palominos ó dos tórtolas solamente, como ella les ofreció (2), porque esta últimoa ofrenda la debían hacer *las mujeres cuyas manos no encontraren, ni pudieren ofrecer un cordero* (3), según disponía la misma ley mosaica, y claro está que con el oro recibido por manos de los Magos hubiese encontrado ó podido ofrecer un cordero la Virgen María, observantísima de las leyes hasta en sus últimos detalles. ¿Y no hubiese también llevado consigo al templo el incienso regalado por los mismos Magos? Y á ser así ¿no lo hubiera expresado el santo Evangelio al mencionar la ofrenda hecha por María? No vale decir con Billuart que la Madre de Dios no estaba obligada á dicha últimoa ley y que por ende prefirió atenerse á la de los pobres. Tampoco estaba obligada, si vamos á eso, á la ley de la Purificación y á varias otras, y sin embargo se sometió á ellas humilde y gustosamente por darnos ejemplo de obediencia y demás virtudes, no obstante los inconvenientes que se le presentaban para ello. Por otra parte nada obsta á la pobreza de la Virgen Santísima que ella tuviese accidentalmente ocasión de hacer mayor ofrenda en el templo del Señor, merced á las dádivas de los Magos, porque también la pobre viuda, que echó al arca de las ofrendas todo lo que pudo, fué alabada por el Salvador (4); y asímismo en nuestros días los pobres de fortuna, siendo virtuosos, se alegran de tener ocasiones de poder mostrar su generosidad con limosnas á las casas de Dios, sin que pruebe esto nada contra la habitual pobreza de ellos. Por todo lo cual parece que, á haber estado los Magos antes de

(1) Levit. XII, 6.
(2) Luc. II, 24.
(3) Levit. XII, 8.
(4) Marc. XII, 42 á 44.—Luc, XXI, 2 á 4.

los días la Purificación de María hubiese podido esta con el oro recibido de ellos ofrecer el cordero, conforme prescribía la ley de Moisés, y hubiese querido también observarla escrupulosamente, y más porque redundaba en mayor beneficio ú honor de los ministros del Señor; pero no lo hizo así, según consta del Evangelio; luego parece concluyente que la venida de los Magos á Belén se verificó después de los días de la presentación de Jesús y María en el templo de Jerusalén á los efectos de las ceremonias legales de la purificación de la Madre y redención del Hijo ó su rescate por cinco siclos.

Cuarta.—San Mateo nos dice que *después que los Magos se fueron* ordenó un angel á San José que levantándose y tomando al Niño y á su Madre huyese á Egipto; circunstancia que bastante á las claras muestra que la adoración de los Magos debió ser después de los cuarenta días del parto virginal de María y la subsiguiente purificación legal de Ella, porque, recibido dicho encargo del angel, San José lo puso en ejecución inmediatamente ó sin dilación alguna de tiempo, según se colige del testo evangélico que dice: «Levantándose José, tomó al Niño y á la Madre *de noche,* y se retiró á Egipto»: y aún la razón natural misma dicta la urgencia en tales aprietos. Con la particularidad de que también el angel andaba de noche ó con precipitación en sus avisos á San José, como se desprende del Evangelio, lo que revela que tales sucesos tenían lugar al poquísimo tiempo del regreso de los Magos, ó sin pérdida de tiempo, mejor dicho, por lo menos sin el tiempo necesario para ir á Jerusalén á dichas ceremonias legales; luego los Magos no pudieron visitar á Jesús sino después de los cuarenta días de la purificación de su Madre santísima, toda vez que la huída á Egipto fué después de este último acontecimiento.

Quinta.—En esta opinión que vengo defendiendo se resuelven mucho mejor las dificultades que se hallan al confrontar los dos respectivos pasajes de San Mateo y San Lucas, como se ha visto y se verá todavía; por lo que parece estar la razón de parte de ella.

BLAS PRADERE, *pbro.*

(Se concluirá)

CUESTIONES BÍBLICAS

MAGOS EN BELÉN

(CONCLUSIÓN)

Réplicas

La mayor dificultad, el único argumento serio, argumento incontestable é irrebatible á juicio del célebre Billuart, con el que se replica á la opinión que acabo de sustentar, es el siguiente:

San Lucas refiere que, hecha la ceremonia legal de la Purificación de María la sagrada familia *se volvió á Galilea, á su ciudad de Nazaret;* luego mal podían los Magos venir á Belén después de la Purificación; vinieron por tanto con anterioridad á dicho acontecimiento de la presentación de la Madre de Dios en el templo de Jerusalén á los efectos de la ceremonia legal prescrita por Moisés á las mujeres después del parto.

Contra-replica—Jesús, María y José cuando lo hubieron todo cumplido conforme á la ley antigua del Señor se volvieron á Nazaret, *distingo:* accidentalmente ó al efecto de recoger la poca hacienda que allí tuviesen para volver en seguida á Belén y fijar allí definitivamente su residencia, *concedo;* se fueron á Nazaret con propósito de vivir allí, ó como á lugar de su domicilio, *niego:* y la susodicha consecuencia también *niego.*

La principal razón de la distinción que acabo de establecer está en que al regresar la sagrada familia de su destierro en Egipto se dirigía, nó á Galilea, donde radica Nazaret, sino á la Judea, donde se halla

Belén; y solo por temor á Arquelao, hijo del finado Herodes, torció el rumbo y se fué á Nazaret. El texto evángélico dice en efecto así: «Levantándose José (en Egipto), tomó al Niño y á su Madre, y se vino para tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en la Judea en lugar de Herodes, su padre, *temió ir allá; y avisado en sueños,* se retiró á las tierras de Galilea. Y vino á morar en una ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliese lo que habían dicho los profetas: Que será llamado Nazareno».—Donde se vé que en la opinión que vengo defendiendo se concilian mucho mejor las dificultades ó aparantes contradicciones de los evangelistas SanMateo y San Lucas.

Del último pasaje bíblico se infiere también que las autoridades de la Judea y Galilea eran independientes una de otra, puesto que temiendo la sacratísima familia ir á los dominios de Arquelao, rey de Judea, é hijo del cruel y finado Herodes, por aviso celestial se acogió á las tierras de Galilea, como lugar seguro. Si pues, porque Herodes, rey de Judea, buscaba matar al parvulito Jesús ordenando al efecto un degüello general de los niños de dos años abajo en Belén y en toda su comarca, tuvo que huir precipitadamente al destierro dicha augusta Trinidad, fué ciertamente porque estaba domiciliada en Belén ó jurisdicción de Herodes, y no en Nazaret, ciudad de Galilea, á donde no alcanzaba la orden draconiana del malvado rey.

Además de que la profecía de Malaquías de que «el caudillo, que gobernaría al pueblo de Israel, había de salir de Bethlehem, tierra de Judá», tenía por decirlo así más exacto y perfecto cumplimiento con que la Santísima Virgen y San José se hubiesen dirigido á Belén, poco antes del nacimiento del Mesías, con ánimo ó intención de fijar su residencia allí, que no acudiendo á dicha ciudad, accidental y muy temporalmente, dando lugar al nacimiento *casual* (en cierto modo) del Verbo divino en la ciudad en cuestión.

Otras razones favorables al domicilio de María y José en Belén, aduciré en el capitulo siguiente.

Otra réplica.—El uso que tiene la Iglesia de celebrar el misterio de la Epifanía el día 6 de Enero, ó sea 13 días después de Navidad, prueba seguramente que los Magos adoraron al divino Infante á los trece días de nacido.

Contra-réplica.—Lo que demasiado prueba, nada prueba, dice un aforismo escolástico, el cual tiene perfecta aplicación en el presente caso. Tengo establecido en efecto que con el nombre genérico de Epi-

fanía ó Manifestación del Señor al mundo celebra la Iglesia tres misterios, es á saber, el haberse dado á conocer Jesús á los Magos, el haber dado á conocer su divinidad en el bautismo recibido en el río Jordán, y el haber dado también á conocer su omnipotencia convirtiendo el agua en vino en las bodas de Canaán en Galilea. Ahora bien; como el celebrarse estos dos misterios el 6 de Enero no prueba, ni puede probar, que tuviesen lugar á los trece días de nacido el Salvador; del mismo modo, de que la Iglesia conmemore la adoración de los Magos dicho día sexto de Enero no se deduce que este misterio se verificara á los trece días de haber venido el Mesías al mundo.—Aun concediendo que dicha adoración tuviese lugar el día 6 de Enero, como se pretende, pudo ser empero al año siguiente de nacido el Redentor; lo cual se hace probable por las razones arriba aducidas. El hecho es que no siempre y en todas partes ha sido una la disciplina de la Iglesia sobre el particular. Así por ejemplo, en los siglos III y IV, los cristianos del Oriente celebraban al mismo tiempo, ó sea el 6 de Enero, el nacimiento de Jesús, su Epifanía ó manifestación y su bautismo (Cas ien. Coll. X, 2).—Además: toda fiesta de la Iglesia no es aniversario, cono no lo son, por ejemplo, la de la Pascua, la de Inocentes y otras.—Porque pues la Iglesia conmemore la adoración de Magos el 6 de Enero, no se sigue que este acto tuviese lugar á los trece días de nacido el Salvador.

*
* *

Lugar

La mayoría de los autores que defienden haber venido los Magos á Belén el día décimo tercero del nacimiento de Jesús, añaden que dichos visitantes hallaron al divino Niño en el lugar mismo donde había nacido, esto es, en el establo, portal, gruta, cueva, ó como quiera llamársele, que también eso está en opiniones. La santa Iglesia se hace eco de dicha opinión cuando en la antífona de las segundas vísperas del día de la Epifanía dice: *hoy una estrella ha conducido á los Magos al pesebre.* Los demás escritores empero, a los que también se inclina Billuart, enseñan con mucho fundamento que ya antes de la llegada de los Magos á Belén se habían acomodado José y

María con el Niño en otro lugar más decente. Esta segunda opinión la hallo yo más probable por las siguientes razones:

Primera.— Acabo de establecer en los dos últimos capítulos que los Magos tardaron en venir á Belén relativamente al tiempo en que había nacido el Redentor, y cualquiera ve que en todo ese tiempo no podía continuar la Sacra Familia viviendo en tan miserable lugar como el susodico establo, gruta ó lo que sea; porque además de ser muy irregular aquella estancia, contínuamente habían de ser molestados Jesús, María y José por los pordioseros ó gente pobre y necesitada que acudiría á refugiarse allí, como á lugar de derecho común; y porque, aun queriendo permanecer allí, no se les hubiera permitido estar tanto tiempo en aquel sitio, como dueños de él.

Segunda.— Sería inferir un agravio á la Virgen y á San José suponerlos sin sentimientos de pundonor para querer vivir mucho tiempo en un lugar de dominio público, ó indolentes para no practicar las diligencias á fin de salir de aquella oscura morada, aunque por el momento tuvieron que acogerse allá urgidos por la necesidad y altos designios de la divina Providencia.

Tercera.— La ceremonia de la Circuncisión de los niños varones, que se verificaba á los ocho días de nacidos según disposición de la ley antigua, revestía cierta gravedad ó importancia, por lo que debe presumirse que á la sazón de ser circuncidado Jesús no estarían sus padres en el establo, sino en otra habitación más acondicionada, pues es de notar que dicha ceremonia tenía lugar dentro de las casas, y no en la Sinagoga ó iglesia, y hacíanla los padres mismos de la criatura (y en defecto de ellos, sus parientes), y no los sacerdotes, como erróneamente nos lo representan los pintores y dicen algunos escritores.

Cuarta.— Una vez que la Santísima Virgen y su Esposo debieron ir á Belén á los efectos del empadronamiento, parece más probable que, mediante esta ocasión deparada por la providencia, se fueran allá con propósito de domiciliarse, ya porque de esa manera la profecía de Malaquías tenía más exacto y puntual cumplimiento, que no naciendo Jesús incidentalm ente en Belén, como llevo dicho, ya también porque en este supuesto se ahorraban viajes más largos colocándose en mejores condiciones para la vida que deberían hacer, por la proximidad á Jerusalén y su templo, bastante mayor que de Nazaret; ya finalmente por ser Belén punto más adecuado que Nazaret para hallar ocupación ó trabajo concerniente al oficio de San José, fuese este herrero, como

quieren San Hilario (1) y San Pedro Crisólogo (2), ó carpintero, según enseñan San Justino (3) y San Ambrosio (4), y es hoy sentir común de la Iglesia, bien que el Evangelio solo diga que era *artesano.*— Si pues este glorioso Santo y su castísima Esposa se dirigieron á Belén con intención de permanecer allí no pudieron continuar en la gruta sino en tiempo forzoso, el necesario para encontrar una modesta habitación, lo que regularmente sería cuestión de algunos poquísimos días.

Quinta.— El hecho es que al regresar de Egipto la sacratísima Familia (que fué al año escaso de la partida, según opinión probable), no traía la dirección á Nazaret, sino á la Judea, donde se halla radicada la ciudad de Belén, como tengo ya dicho; de donde parece deducirse que al salir para la emigración á Egipto, que fué á luego de la visita de los Magos, debían estar con permanencia fija en Belén, la que sería ridículo suponerla en un establo, portal, ó cosas semejantes.

Sexta.— San Mateo dice, según puede verse en su Evangelio, que los Magos *entraron en la casa,* y nada habla de pesebres y cosas por el estilo. Si pues el Evangelio en la historia de los Magos emplea otras palabras que en la de los Pastores con respecto á la circunstancia del lugar do moraba el niño Jesús, parece probar con ellas la diversidad de estancias del Mesías recien nacido. Así que el sentido de las narraciones evangélicas de San Lucas y San Mateo, respectivamente, parece ser que, *porque no había lugar en el mesón* para la sagrada Familia por la pobreza de esta, aglomeración de forasteros, ó por ambos conceptos á la vez, el niño Jesús *fué recostado en un pesebre* que hallarían en el establo ó punto análogo donde se acogieron por la premura del tiempo; mas tan pronto como pudieron ó permitieron las circunstancias se trasladaron á otro sitio más cómodo ó *casa, á la que llegaron los Magos* (según versión griega), ó *donde entraron y hallaron al Niño y su Madre* (según traducción de la Vulgata).

Séptima.— Asegúranos el evangelista San Mateo, como acabamos de ver, que en la casa donde entraron los Magos, *hallaron al Niño y á María su Madre;* á diferencia de cuando *los Pastores fueron*

---

(1) In cap. 14 Matth.
(2) Serm. 8.
(3) En su *Diálogo con Trifón,* judío.
(4) Lib. 3 in Luc.
(5) Mat. XIII, 55, etc.

apresurados al lugar del nacimiento del Salvador, en que *hallaron á María y á José, y al Niño echado en el pesebre.* Es decir que, según parece, San José no estaba en casa ó estancia de Jesús á la sazón que entraban en ella los Magos, pues que de otra manera lo hubiera expresado también el Evangelio; pero no era regular que el santo Patriarca los tuviera solos en el establo á Jesús y María, en un espacio de tiempo relativamente largo, cual supone la ausencia de José en un acto tan suntuoso como la visita y adoración de los Magos. Debían pues estar el Niño y la Madre (solos según se ve), no en una gruta, cueva ó establo, sino en otro lugar más adecuado ó *casa* que dice el evangelista.

San Mateo añade deseguida que los Magos «postrándose le adoraron; y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra».—En verdad que tales actos, particularmente el de la presentación de ofrendas, reclamaba un lugar más holgado y expedito que el portal, establo, ó como se llame, donde consta había pesebre, por lo que es de presumir que lo ocuparan también otros que Jesús, María y José.

Además de que los Magos, dirigiéndose al establo ó lugar semejante, hubiesen llamado mucho más la atención de los belenitas, por la singularidad del caso, que acudiendo á una casa ó habitación particular, como es claro; y en tal supuesto hubiera sido también más conocida la venerada Familia sagrada por los habitantes de Belén, y los que la hubiesen delatado á Herodes en defecto de los Magos, antes que consentir la tan horrible mortandad de los niños inocentes.

Todas estas consideraciones inducen á creer que los distinguidos viajeros Magos no hallaron á Jesús y María en el lugar oscuro del nacimiento, sino en una casa ó habitación más cómoda y acondicionada.

*
* *

Observaciones contrarias

Primera.—Las profecías tenían anunciado que el Redentor del mundo sería llamado *nazareno,* y no belenita; luego su santísima Madre y el bendito patriarca José mal podían haber fijado su residencia en Belén trasladándose de Nazaret.

Cóntestación.—Jesucristo debía ser llamado nazareno en cuanto

al significado moral de esta palabra, pues quiere decir *santo,* concedo: como vecino de la ciudad de Nazaret, niego.

Observa á este propósito San Jerónimo, autoridad competentísima en la materia, que al escribir el evangelista San Mateo: «habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliera lo que dijeron los profetas: Que será llamado Nazareno», no se refiere á ningún pasaje determinado de la Escritura en que se denomine *nazareno* al Mesías, pues no existe; sino á los muchos textos bíblicos en que se designa al futuro Cristo como al *Santo* por excelencia, que esto significa el vocablo *Nazareno* (1).—Por esto dice el evangelista, para confusión de los judíos, que al dar ellos al Salvador en son de afrenta y desprecio el nombre de Jesús Nazareno, nada más hacían sino dar cumplimiento á despecho suyo á los oráculos proféticos.

Más todavía: aun concedido que el nombre profético de *nazareno* le proviniera del lugar de Nazaret, como alguien pretende, no obsta eso al anterior domicilio de Belén, bien que dispusiera después la Providencia las cosas de modo que tuviesen cumplimiento las profecías; al igual que había dispuesto salieran María y José de Nazaret á la ciudad de Belén para que se verificara otra profecía.

Segunda.—Revelaciones particulares enseñan que tres Reyes magos denominados Melchor, Gaspar y Baltasar, guiados desde el Oriente por una estrella llegaron al establo ó portal de Belén á los 13 días de nacido el Mesías; luego cae por tierra toda la argumentación empleada en los capítulos precedentes, pues las revelaciones privadas son palabra infalible de Dios.

Contestación.—Las llamadas visiones ó revelaciones privadas traen las especies por mí rechazadas, *concedo:* las auténticas ó verdaderas, *niego.*—Niego también por ende la consecuencia, que cree haber anulado mis pruebas en contrario.

Efectivamente: no es posible dudar de que existan visiones privadas y revelaciones apócrifas, pues las hay contradictorias entre sí unas, y contrarias á la doctrina católica otras y relegadas por lo mismo hoy día al olvido. En el caso presente de los Magos, revelación hay por ejemplo que dice, ser ellos grandes Reyes; y existe otra que afirma no ser ellos sino toparcas ó pequeños Reyes de una sola ciudad ó menuda provincia; y la misma contradicción se halla en otros detalles extra-

(1) Hom, lib. I *Comm.* in cap. II Matth.

evangélicos. Por el prurito de defender tésis poco ó nada probables es porque se atribuyen á algunos venerables siervos ó siervas de Dios visiones, éxtasis ó arrobamientos, profecías, revelaciones y otros carismas que no los tuvieron, sin que esto sea decir que no haya algunas de esas gracias verdaderas (que ciertamente las hay). Para separar de alguna manera las auténticas de las apócrifas bueno es no desestimar la máxima de San Pablo, apostol, de que *nuestro obsequio* ó sumisión á las enseñanzas divinas debe ser *razonable* (1); por lo que, ó se contradicen ó desvían del Evangelio, ó parecen improbables ante la razón juiciosa y critica; ningún derecho tienen á exigir nuestra fé.

Es asimismo digno de notarse que aun en raptos verdaderos se expresan á veces los Santos según las ideas preconcebidas que tienen de antes sobre la materia de que hablan, y no conforme á la realidad de la cosa ó restricción rigurosa á la verdad ó especie revelada; por lo que pueden emitir algunas ideas no del todo exactas. Es decir que, aun siendo verdadero el esqueleto ó síntesis de la revelación, los vocablos con que se anuncia ó adorna, pueden alguna vez adolecer de error ó inexactitud. No aduzco casos practicos comprobantes de mi aserción por innecessrio y por no alargar demasiado.

Tampoco quiero dejar de anotar aquí que algunas de las tiluladas revelacionesprivadas consigo llevan el sello de falsas ó apócrifas, por los muchos detalles curiosísimos y vanos con que vienen revestidas, pues Dios no abunda en lo supérfluo, y menos todavía abunda en asuntos de revelación sobrenatural, como se patentiza con la Biblia, en que escasean los casos meramente curiosos. Jesucristo á su vez dejaba de satisfacer la curiosidad de sus discípulos en materias no pertinentes á la necesidad espiritual. Cuando le preguntaron, por ejemplo, si eran muchos los que se condenaban, quién era el mayor en el reino de los cielos y el tiempo en que se verificaría el fin del mundo, respondióles con palabras evasivas. Y habiendo también preguntado Santa Matilde al Señor si Trajano, Salomón, Orígenes y Sansón se habían salvado, jesús no la satisfizo, habiéndole respondido asimismo de una manera evasiva: según se lée en la vida detallada de dicha Santa. Por tanto las llamadas Revelaciones que se entretienen en explicar la manera de formarse la estrella vista en el Oriente, las etiquetas empleadas por los Magos con la Santísima Virgen, y tantos otros pormenores;

(1) Ad. Rom. XII, 1.

esas Revelaciones, digo, ó son apócrifas, ó no deben tomarse en serio, por lo menos en sus detalles.

Conste en todo caso que esas Revelaciones privadas, ó sus enseñanzas, no obligan en conciencia sino al que *ciertamente* las tuvo, por ser la Iglesia, y no los individuos particulares, el órgano transmisor de las doctrinas divinas.

BLAS PRADERE, *pbro.*

Merecida distinción

Llamada por la casa impresora de Tours, ha salido de París para dicho punto, nuestro querido amigo D. Resurrección Maria de Azkue, autor del Diccionario Baskongado, que por encargo de la Diputación de Bizcaya, se va á editar con aplauso de todos los amantesde las letras Euskaras.

Durante su permanencia en la capital de Francia, ha sido nombrado el Sr. Azkue, moembro de la Sociedad Linguistica de París. Reciba nuestro ilustre paisano la más sincera enhorabuena por tan honrosa y merecida distinción.